

DIEGO OLAVARRÍA

DE ARTES Y ESPEJISMOS

TESTI- GOS DEL HIELO



Quizá la Antártica despierte una fascinación tan potente por ser un terreno donde la cultura no ha echado raíces, donde los humanos no han tenido tiempo de, por decirlo, *humanizar*.

La cultura surge de una relación con el entorno: la metáfora primordial se convierte en palabra, las estrategias de supervivencia se vuelven identidad. Basta que un grupo humano pase suficiente tiempo en un lugar para que germinen: los mitos originarios, los sistemas de organización, el culto al Dios Sol, la historia del hongo-que-nos-traduce-el-sueño-de-los-ángeles. Quizá la Antártica despierte una fascinación tan potente por ser un terreno donde la cultura no ha echado raíces, donde los humanos no han tenido tiempo de, por decirlo, *humanizar*. Por ser, al menos en teoría, una suerte de lienzo en blanco. Contrario al Ártico, donde sobreviven grupos

humanos como los inuit de Canadá y Groenlandia o los sami de Rusia y Escandinavia, en la Antártica la presencia humana es reciente; y en consecuencia, no existe el idioma antártico, ni la poesía antártica, ni la cocina antártica, ni la literatura antártica. Tampoco existe el estado nación antártico –aunque 58 países han firmado el Tratado Antártico y algunos reclaman derechos territoriales–, ni un partido político antártico.

La Antártica también es ambientalmente inusual: no tiene árboles, tampoco tiene vertebrados terrestres. El único insecto que ahí vive es un mosquito no volador –*Belgica antarctica*– que sobrevive nueve meses al año congelado, y que interrumpe cada verano su criogénesis para reproducirse y alimentarse.



Si la Antártica fuera un país, sería el segundo más grande del mundo. Y si se le clasificara entre los desiertos, sería el más extenso del mundo, mayor incluso al Sahara.

¿Qué podemos observar en un mundo que no está hecho a medida del ser humano? ¿Cómo entender un universo material para el que nos faltan palabras? Un continente donde el humano –donde los seres vivos– son poco más que intrusos. Las fotografías de Ximena Vega nos ofrecen algunas respuestas. Vega es bióloga de formación y estudia, según sus propias palabras, “la bioóptica y la manera en que se aplica a las dinámicas entre el océano y los glaciares, y su función en el ciclo del carbono”. Al mismo tiempo, es fotógrafa de un mundo al que pocos tienen acceso: la Antártica. Luego de tres viajes a ese continente, Vega entiende su fotografía como una exploración íntima de las interacciones que ocurren entre la luz, el hielo y el agua. En ese sentido, la obra de Vega es un complemento casi opuesto a su emprendimiento científico: si la ciencia busca datos concretos y medibles, testimonios de hielo que nos aclaren el año exacto en que la Tierra pasó de una era geológica a otra, las fotografías de Vega son re-

tratos de algo más efímero y misterioso: las sombras que se extienden sobre la blancura, el riachuelo que se derrama entre las rocas, el témpano que flota sobre el agua como una embarcación fantasma.

* * *

En *Cien años de soledad*, Gabriel García Márquez introduce su relato con una de las frases más famosas de la literatura en español: “Muchos años después, frente al pelotón de fusilamiento, el coronel Aureliano Buendía había de recordar aquella tarde remota en que su padre lo llevó a conocer el hielo”. El hielo al que se refiere el personaje no es un glaciar, sino “un enorme bloque transparente, con infinitas agujas internas en las cuales se despedazaba en estrellas de colores la claridad del crepúsculo”. Es decir, un bloque de hielo que se arrastra de pueblo en pueblo y se exhibe en una carpa. A través de esta imagen, García Márquez alude a la profunda impresión memorística y sensorial que produce el hielo en los humanos.

En “Glaciar Roto”, Vega nos muestra una serie de témpanos que viajan a la deriva en el océano; materia helada con tonalidades que oscilan del blanco papel al azul detergente,

Hielo de mar 2 por Ximena Aguilar Vega / Serie:
Testigos de hielo / Fotografía digital / 2019-2021

Las fotografías de Vega son retratos de algo más efímero y misterioso: las sombras que se extienden sobre la blancura, el riachuelo que se derrama entre las rocas, el témpano que flota sobre el agua como una embarcación fantasma.

en cuyas formas se aprecia el efecto de los elementos naturales: viento, agua, sol. Esos elementos van esculpiendo el hielo, que a su vez busca su punto de equilibrio en el agua, y crea las geometrías y arquitecturas fugaces que Ximena retrata.

Como en el relato de García Márquez, el hielo es algo poderoso, que atrapa nuestra mirada, que nos obliga a contemplar una fugacidad que, capturado por la cámara, se convierte en escultura. “Un paisaje totalmente abstracto, que se puede moldear como una hoja en blanco”, dice Vega en una entrevista.

* * *

Nunca he visitado la Antártica, pero recuerdo a la perfección la primera vez que vi un glaciar. Corría el año 2002, yo era adolescente, y mochileaba con un amigo por Huaraz, en el norte de Perú. Esa mañana nos habíamos apuntado a una excursión turística, improvisada, a bordo de una camionetita destartalada, con alumnas de secundaria de Lima y un guía que regañaba a todos por no memorizar los datos que nos vociferaba, incluyendo la altura exacta de algunos picos y el año en que el nevado de Huascarán sepultó al pueblo de Yungay con una mortal avalancha. La camioneta nos condujo hasta el más accesible de los glaciares de Perú, el Pastoruri. Antes de llevarnos a la zona de nieve, donde nos prometió la oportunidad de deslizarnos en trineo, el guía nos acompañó a una caverna donde un conjunto de formaciones de hielo componían una suerte de atrio gótico. Recuerdo el impacto de estar ante esos conjuntos de estalactitas que asemejaban las pipas de un órgano, ante un hielo azulísimo que, en su punto más alto, se convertía en una cúpula. Aunque las formas del hielo eran todas accidentales y caprichosas, había algo contundente, casi sagrado.

Vega señala que no hay un solo punto en este planeta que escape a la influencia de la Antártica.

Desviar los ojos era desperdiciar el momento.

El hielo, nos explicó en ese momento el guía, estaba retrocediendo debido a algo llamado cambio climático. Los glaciares eran ríos en cámara lenta, un oleaje que avanzaba y retrocedía como una marea. Como el arroyo que brota de un manantial o la lava que emana de la boca de un volcán, los glaciares del mundo están en movimiento. En el presente, gracias al ser humano, el hielo se derrite, los glaciares se desmoronan, lanzando témpanos hacia los continentes del mundo como mensajes desde el más allá. Vega señala que no hay un solo punto en este planeta que escape a la influencia de la Antártica. La lluvia en Veracruz, la niebla en Londres, la temporada de cosecha en Kenia y los monzones que riegan los arrozales en Vietnam son posibles debido a su influjo sobre el clima de nuestro planeta. Eso hace –hizo– posible predecir estaciones, ciclos naturales, temporadas de siembra y cosecha. En otras palabras, el influjo de la Antártica sobre el mundo hizo posible convertirnos en los humanos que hasta poco éramos. Visitar la Antártica es como asomarse al cuarto de máquinas de un edificio o fábrica: el sitio vedado donde ocurren ciertos procesos que, a pesar de que no los entendemos del todo, permiten el funcionamiento del conjunto.

Hace algunos días hablé con otro amigo que viajó en enero de 2023 a Perú y, curiosamente, también visitó el glaciar Pastoruri. Me explicó que el glaciar se encontraba en estado terminal, que no permitía ya el acceso a visitantes. Ya no había niños lanzándose en trineo ni muchachas haciendo muñecos

Quien perfore la Antártica y extraiga un cilindro de hielo lo bastante largo y lo examine, podrá encontrar ahí un registro de los principales eventos no solo de la historia humana, sino de eras geológicas anteriores.

Esos cilindros de hielo se conocen como testigos.

con nariz de zanahoria. Que el glaciar estaba acordonado, desahuciado como paciente terminal. Solo los científicos tenían acceso a él: le toman de cuando en cuando los signos vitales, pero hay poco más que hacer por él. El Pastoruri sigue siendo un atractivo turístico, pero de otro tipo de turismo: el sendero para visitarlo se conoce ahora como la “Ruta del cambio climático”. En algunas fotografías de Vega, como “Montaña” y “Agua blanca”, la irrupción ominosa de la roca –aquello que el hielo resguardaba— nos sugiere que el verdadero desierto no es de hielo, sino de piedra.

* * *

En su indagación de los sonidos y los colores, W. Kandinsky teorizó en torno a la posible acústica del blanco. De acuerdo con el pintor ruso, ese color representaba el mundo inmaterial. La Antártica es el continente, en teoría, más blanco de todos. Forjado de agua, tendría que ser silencioso como una nevada. Y no lo es.

Imagino: el sonido del hielo que se agrieta, de los témpanos que caen en el océano, el ululeo del viento, las olas que se azotan contra las embarcaciones. Alrededor de las bases de investigación, imagino las voces en inglés –con acento mexicano, chileno, escocés, alemán– de los científicos que recorren páramos helados en busca de muestras. El rugido solitario de una motonieve. Mientras Ximena Vega toma fotografías de ese mundo que cambia a una velocidad imposible, imagino, también, el sonido de un obturador.

Los primeros exploradores que viajaron a los polos no sabían qué buscaban. Se trató de hombres –durante décadas fueron únicamente hombres– que llegaron tarde a la repartición colonial en África y Oriente, pero aún soñaban con conquistar algo, lo que fuera. Era un ímpetu más cercano al ansia de gloria que a la curiosidad científica, y les obsesionaba, simplemente, ser los primeros. La importancia científica del hielo polar se entendió hasta entrado el siglo XX: hoy sabemos que, como los anillos de un árbol, el hielo de la Antártica guarda un registro de los acontecimientos más importantes del mundo, incluyendo incendios catastróficos, erupciones volcánicas, asteroides, el inicio del capitalismo, las pruebas nucleares en Polinesia y hasta recesiones económicas. Quien perfora la Antártica y extraiga un cilindro de hielo lo bastante largo y lo examine, podrá encontrar ahí un registro de los principales eventos no solo de la historia humana, sino de eras geológicas anteriores.

Esos cilindros de hielo se conocen como testigos.

Y me pregunto si cada foto de la Antártica, en estos tiempos de cambios veloces, no representa lo mismo: una pequeña prueba de nuestro momento humano, del cambio a una nueva era geológica, aquello que nos espera. Si las fotografías de Vega no son, a su modo, testigos congelados de un mundo que se transforma a una velocidad que aún no entendemos y que, cuando el hielo se convierta en roca, trastocará todo.